



INTERNACIONAL

AMÉRICA LATINA Y LA NUEVA PRESIDENCIA DE EE.UU.

Red de Becarios Iberoamericanos de FAES*



Portadas anunciando la victoria de Obama (5-11-2008)

Este documento analiza el posible impacto de la nueva Administración de Estados Unidos y las expectativas que sobre ella tienen los países de América Latina. El presidente electo deberá ser consciente de la importancia de esta región en el escenario global. El apoyo incondicional a las democracias, la ratificación de acuerdos de libre comercio y la ayuda eficaz en la lucha contra el terrorismo, el narcotráfico y el crimen organizado serán los grandes asuntos en los que Obama mostrará sus cartas. El tiempo nos revelará si tiene la suficiente amplitud de miras para incluirlos como parte prioritaria de su agenda.

* Este documento ha sido elaborado por miembros de la Red de ex becarios Iberoamericanos de la Fundación FAES. Realizaron informes por países y regiones los siguientes coordinadores y colaboradores de la Red: Jorge Triaca (coordinador de Argentina), María Paz Jurado y Facundo López (Fundación PensAR, Argentina), Pedro Lupión (coordinador de Brasil), Edwin Xol (coordinador de Centroamérica), Pía Greene (coordinadora de Chile), Rodrigo Yáñez (Instituto Libertad, Chile), María Jimena Escandón (coordinadora de Colombia), Jeanette Moisés (coordinadora de México), Alfredo Lozada (coordinador de Perú), Yaxys Cires (Partido Demócrata Cristiano de Cuba) y Alex Ojeda (coordinador de Venezuela) con la colaboración de Guillermo Hirschfeld (coordinador de Programas para América Latina de FAES).

Barack Obama ha sido elegido presidente de Estados Unidos. Aunque su victoria se ha llegado a calificar de histórica, de momento, sólo constituye una transición más entre gobiernos republicanos y demócratas. Lo que se percibe como un cambio no es sino la alternancia en el poder propia de la larga tradición democrática de EE.UU.

En un sentido formal, la elección del nuevo mandatario sí representa una novedad, pues se trata del primer presidente afroamericano de una potencia mundial cuya población negra no supera el 15%. No obstante, lo previsible es que su Gobierno no sea tan diferente del de las administraciones demócratas que le precedieron. Republicanos y demócratas no poseen fuertes diferencias ideológicas en lo relativo a las políticas dirigidas hacia América Latina. En este caso, sin embargo, podríamos encontrarnos con un cambio en la conducción de ciertas medidas esenciales. El proteccionismo comercial y algunas manifestaciones de Obama sugieren una revisión de los tratados de libre comercio, lo que constituye una seria preocupación para los países de América Latina.

La postura que adoptará el nuevo presidente sobre algunos asuntos de trascendencia global presenta algunos interrogantes, como la lucha contra el narcotráfico y el terrorismo, la retirada de las tropas de Irak, el diálogo con regímenes autoritarios o la política de inmigración. En este último punto, nos enfrentamos a una incógnita, ya que si bien Obama votó a favor de la construcción del muro en la frontera de EE.UU. con México, también ha expresado su intención de documentar a los inmigrantes ilegales y de renovar el sistema de inmigración.

La composición del nuevo equipo de Gobierno es un importante factor para valorar el posible impacto de la nueva Administración en la región. La inclusión de Hillary Clinton –que se ha mostrado más cercana a los intereses de América Latina– y la presencia de hispanos dentro del nuevo gabinete podrían constituir ingredientes significativos para el futuro de la relación hemisférica.

Durante su carrera hacia la Casa Blanca, Obama argumentó que la Administración Bush, al haber concentrado todos sus esfuerzos en la guerra contra el terrorismo, había dejado de lado a América Latina y abonado así el terreno para que demagogos como Hugo Chávez ocupasen ese vacío. Por ello declaró que el futuro de EE.UU., su seguridad y prosperidad, estaba ligado al de las Américas, ofreciendo iniciar una “nueva alianza” con la región. Sin embargo, este discurso de campaña todavía no se ha materializado en la formulación de su política exterior.

MÉXICO

El triunfo de Barack Obama podría constituir un paso más hacia la igualdad. En una región que aún sufre prejuicios raciales, graves desequilibrios en la distribución de

ingresos y guetos físicos e ideológicos, no puede menospreciarse el hecho de ver a un afroamericano ejercer el poder público al máximo nivel. No obstante, el impacto de las decisiones y de las políticas públicas de su Gobierno aún está por ver.

Obama llega con buenos propósitos. Resulta esperanzador su compromiso de campaña de asegurar que los inmigrantes mexicanos tengan acceso a cuidados médicos y educación, incluso si son indocumentados. También que señalara que la inmigración ha sido explotada por los políticos más para dividir a su nación que para encontrar soluciones reales.

Hasta el momento, sólo tenemos buenos augurios que aún no permiten garantizar el impacto positivo de su presidencia sobre la región, y más cuando es una incógnita su grado de conocimiento de las realidades políticas y sociales de América Latina. Su carrera política no brinda ejemplos de que se haya fijado en el potencial humano, político y económico de los países al sur del Río Bravo.

CUBA

Las propuestas del candidato demócrata para América Latina se presentaron ante la Fundación Cubano-Americana de Miami, donde Obama se mostró partidario de mejorar las relaciones Washington-La Habana con medidas como la autorización del envío de remesas sin condiciones a la isla.

La gran influencia que la comunidad cubana ejerce sobre los resultados electorales de Florida hizo de Cuba uno de los grandes temas de la campaña presidencial. Finalmente, los votantes de este estado otorgaron su apoyo a Obama. El presidente electo propuso suavizar las restricciones a los viajes y al envío de remesas a Cuba por parte de los exiliados, si bien no llegó a pronunciarse a favor del levantamiento del embargo.

Pero también hubo electores que no tuvieron problema en ratificar en sus escaños a congresistas republicanos de origen cubano-americano. Éstos mantienen una postura más exigente y una actitud de confrontación contra la dictadura cubana. Este contraste puede interpretarse como el deseo de una política equilibrada hacia Cuba y su régimen, que combine el establecimiento y protección de vínculos humanitarios y familiares con la necesaria exigencia de libertad, democracia y respeto por los derechos humanos.

Sería un grave error que bajo un pretexto “buenista” se disminuyera el nivel de exigencia y de denuncia contra el régimen totalitario o decayera el nivel de apoyo a los opositores pacíficos. Es muy importante que cada paso que dé la nueva administración de EE.UU. no sea unilateral, sino que tenga un correlato con determinados gestos democráticos por parte del régimen castrista. Si Obama realmente desea desechar la retórica estéril deberá pensar en medidas efectivas y denunciar ante el mundo que el conflicto de Cuba no reside entre el

Gobierno de Estados Unidos y el pueblo de Cuba, sino entre el castrismo y los ciudadanos.

CENTROAMÉRICA

Centroamérica encuentra en EE.UU. su socio comercial más importante. Durante la campaña, Obama se mostró partidario de revisar los tratados comerciales firmados por su país, con el fin de reforzar las cláusulas laborales y de protección medioambiental. No obstante, nunca se refirió explícitamente al caso del DR-CAFTA (Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos, Centroamérica y República Dominicana), pero sí lo hizo al Tratado de Libre Comercio entre EE.UU., México y Canadá, más conocido como NAFTA.

En cuanto al tema migratorio, los países centroamericanos esperan lograr un mayor entendimiento con el próximo presidente de EE.UU. Sus gobernantes acordaron recientemente actuar en bloque para promover la regularización de los indocumentados. Las posibilidades de éxito dependerán de la superación de la crisis económica y de la presión ejercida por los sindicatos norteamericanos, reacios a la llegada de nuevos trabajadores.

Otro tema vital es la lucha contra el tráfico de drogas. Después del ataque frontal al narcotráfico del Gobierno colombiano y de las recientes acciones realizadas por las autoridades de México, Centroamérica se ha convertido en uno de los objetivos de los carteles de la droga. En los últimos años, el presidente Bush ha respaldado el Plan Mérida, iniciativa en la línea del Plan Colombia que prevé apoyar los esfuerzos de México en la lucha contra el narcotráfico. El fortalecimiento del Plan Mérida y la extensión de dicha cooperación a otros países centroamericanos son cruciales para Centroamérica. La posición del nuevo presidente dependerá de su equipo de seguridad y, quizá, de si incorpora republicanos dispuestos a hacer valer su visión.

COLOMBIA

La ratificación del Tratado de Libre Comercio entre Colombia y EE.UU. está paralizada. Tras dos años de negociaciones, Obama quiere revisar su contenido y verificar la mejora del respeto por los derechos humanos en este país.

Las administraciones Bush y Clinton priorizaron la guerra frontal contra las drogas y el terrorismo. Esta política puede verse amenazada con Obama. El partido demócrata está inclinado hacia sectores de izquierda, sus congresistas dependen del apoyo de los sindicatos y mantienen relaciones estrechas con ONG que cuentan con una visión politizada de la lucha de la democracia colombiana contra la lacra del narcoterrorismo. En este sentido, lo que esa izquierda denomina “el conflicto colombiano” genera rechazo y podría plantear un cambio de dirección de las relaciones entre los dos países. Si el Gobierno de Obama llevara a cabo una política internacional basada en el diálogo y en las concesiones recíprocas con los

violentos, el panorama para la democracia colombiana sería desalentador.

La segunda cuestión que el presidente electo de Estados Unidos debe abordar es el Plan Colombia. El último informe del Government Accountability Office recomienda que EE.UU. reduzca su colaboración ante la insuficiente disminución de los cultivos ilícitos. Sin embargo, paradójicamente, el documento reconoce los adelantos del Gobierno de Álvaro Uribe en seguridad y en materia económica.

El nuevo presidente de EE.UU. debe estudiar las consecuencias de las estrategias políticas que acarrearán la consolidación y el fortalecimiento del “socialismo del siglo XXI” en la región. Además, tendrá que evaluar cómo esas políticas pueden perjudicar a la democracia colombiana, una aliada que ha asumido sin condiciones un compromiso impopular en detrimento de sus relaciones con los países vecinos.

VENEZUELA

Durante la carrera a la Casa Blanca, Barack Obama expresó la intención de dialogar con el presidente venezolano. No obstante, puso de manifiesto sus reservas frente al líder populista, considerando que tiene “tendencias despóticas” y que es un elemento perturbador con el cual hay que tener cuidado. Por su parte, Chávez también ha manifestado sus intenciones de diálogo con su particular estilo: “Quiero un acercamiento con el negro...”, aunque ha dejado claro que nadie se debe llamar a engaño, pues no deja de ser un “representante del imperio”.

La retórica antiimperialista de Hugo Chávez ha perdido a su principal protagonista: George Bush. Y el nuevo presidente de Estados Unidos no resulta tan fácilmente caricaturizable para Chávez, al mostrarse como representante de un “cambio” que agrada a cierta izquierda. Lo previsible, por tanto, es una transición en las relaciones que se reflejaría en cuatro puntos: evitar una guerra de declaraciones entre Caracas y Washington; establecer un diálogo serio sobre la colaboración frente al narcotráfico; encarar la lucha contra el terrorismo, con especial énfasis en la relación entre Chávez y las FARC, y, finalmente, pero no en último lugar, reorientar la cuestión del petróleo.

Estados Unidos es el principal destino del crudo venezolano. Sin embargo, por diferentes motivos, ambos líderes han coincidido en la intención de disminuir esta interdependencia: Venezuela busca diversificar mercados, mientras el nuevo Gobierno de EE.UU. quiere disminuir esta dependencia para reducir la capacidad de maniobra de Chávez.

Respecto a la lucha contra el terrorismo en Latinoamérica, una actitud más laxa por parte del Gobierno de Obama significaría que la equívoca actitud de Chávez frente a las FARC no sería tan duramente juzgada. Por último, cabe señalar que un probable incremento de la cooperación internacional de Estados Unidos hacia Latinoamérica permitiría disminuir el peso de Venezuela en la región.

PERÚ

Cuando en el último debate ante McCain, el entonces candidato demócrata apoyó el Tratado de Libre Comercio con Perú por estar bien estructurado, diluyó los temores existentes sobre su posible revisión. Dicha declaración generó que el Gobierno peruano, sus figuras políticas y gran sector de la población mirasen con confianza y simpatía al futuro Gobierno demócrata. Existe una gran expectativa de que las relaciones comerciales promuevan la generación de empleo y riqueza, a pesar de la crisis en la economía global. Incluso el presidente, Alan García, invitó públicamente a Obama a visitar Perú.

El TLC ha sido el asunto central entre Perú y EE.UU., pero se ha descuidado la cooperación en la lucha contra el narcotráfico. La norma Andean Trade Promotion and Drug Eradication Act, dictada durante el primer Gobierno de George W. Bush, apoyó a algunos países andinos mediante el permiso de exportación de productos libres de aranceles, para fortalecer sus democracias y luchar contra el narcotráfico. Esto ha generado que las exportaciones preferentes a EE.UU. hayan crecido en más de un 300% desde 2002.

No obstante, la producción de cocaína crece exponencialmente. Así, aunque EE.UU. considera que el 20% de la cocaína introducida en su territorio proviene de Perú, su inversión para combatirla sólo alcanzó los 54 millones de dólares en 2007 (a diferencia de los más de 4.500 millones invertidos en Colombia a través del Plan Colombia). Esto ha generado la migración de la producción de cocaína de Colombia hacia Perú. El otro gran problema es el terrorismo residual y la guerrilla, ejército mercenario de este negocio.

BRASIL

El etanol y el Amazonas son las mayores preocupaciones de la política exterior de Brasil con EE.UU. Los biocombustibles constituyen una de las principales apuestas de la economía de futuro brasileña. Obama es partidario de incrementar la producción de etanol de maíz de EE.UU., lo que supondría más proteccionismo y podría limitar las exportaciones brasileñas. En cuanto al Amazonas, las declaraciones de sus asesores indicarían la intención de ejercer una influencia mayor en la protección de un territorio esencial para el equilibrio medioambiental.

En Brasil preocupa, además, el explícito proteccionismo de los gobiernos demócratas. Durante la Administración Clinton, la agricultura brasileña se vio muy perjudicada, principalmente en las exportaciones de gambas, algodón y zumo de naranja. De hecho, los últimos dos casos obligaron al Gobierno brasileño a entablar un pleito en la Organización Mundial del Comercio.

A pesar de estas inquietudes, son halagüeñas las perspectivas en las relaciones del presidente Lula –que nunca ocultó su preferencia por el candidato demócrata– con el presidente electo. Igualmente, la elección de un afroame-

ricano como presidente de EE.UU. puede servir como acicate para una mayor representación de la población negra en Brasil, que alcanza casi el 78% del total.

ARGENTINA

Aunque América Latina no ha sido una región prioritaria en la política exterior de EE.UU. –con alguna excepción como México–, en los últimos tiempos el Gobierno argentino ha buscado el apoyo de Washington en sus negociaciones con el Club de París para saldar sus compromisos crediticios. La deuda argentina alcanza los 6.700 millones de dólares y la República está en mora desde que se declaró en suspensión de pagos –*default*– en 2001.

La realidad es que Argentina no ocupa hoy un lugar destacado en la diplomacia de EE.UU. y todo parece indicar que la situación no se alterará. Para mejorar estas relaciones, una de las bazas del Gobierno argentino sería el aumento de la credibilidad económica. Una rectificación de los principios que rigen su política y su economía resultarían clave para que EE.UU. y su presidente comenzaran a valorar seriamente el país.

Por otro lado, si Argentina aspira a disputarle a Brasil el papel fundamental que éste ostenta en la región, será necesaria por el Gobierno de Cristina Fernández de Kirchner la realización ineludible de algunos objetivos: incrementar la seguridad jurídica para los inversores extranjeros, cumplir con los compromisos monetarios y financieros contraídos y, por último, enfriar las relaciones bilaterales con el actual Gobierno de Venezuela, además de profundizar las mismas con aquellos países que cuentan con gobiernos más cercanos a la Administración de EE.UU., como podrían ser Chile, Uruguay o Brasil.

CHILE

Si las referencias de Obama y McCain a América Latina durante la campaña fueron escasas, aun menores fueron las dedicadas específicamente a Chile. Entre Chile y EE.UU. existe una relación constructiva. La Casa Blanca y el Capitolio, así como el sector privado de EE.UU., consideran que es un país política y económicamente estable, con valores y principios compartidos y afinidades en áreas de política exterior.

En los últimos 18 años la coalición de Gobierno ha sido de centro izquierda. La percepción de EE.UU. es que los gobiernos de la Concertación chilena son moderados. Esto se ve favorecido, además, por el contraste que producen en la región los gobiernos de Venezuela, Bolivia, Argentina, Nicaragua y Ecuador. Por tanto, si en marzo de 2010 asumiese el Gobierno una alianza de centro derecha, es poco probable que se produjeran cambios.

Para Chile la posición del Gobierno de Estados Unidos frente al libre comercio es de vital importancia, pues hay vigente un Tratado de Libre Comercio con EE.UU.

y actualmente se negocia el ingreso de éste último al P4 (Chile, Singapur, Brunei y Nueva Zelanda).

Otro tema significativo es el energético. Obama llama a establecer con la región una “asociación energética”. Ello se traduciría en asistencia a los países del hemisferio para desarrollar fuentes de energía limpia y renovable estableciendo incentivos para las empresas de EE.UU. que inviertan en la región en proyectos energéticos limpios.

Conclusiones

Estados Unidos permanece fiel a su tradición democrática. El compromiso del gigante norteamericano con la libertad, la democracia y el Estado de Derecho lo erigen como ejemplo para la promoción de estos principios en todo el mundo y particularmente en América Latina. El papel de la nueva Administración será fundamental para consolidar la democracia y lograr más prosperidad. La incorporación de los países de esta región en la vanguardia de las naciones beneficiaría no sólo a los estados que la componen, sino al conjunto de naciones democráticas de Occidente. El tiempo nos desvelará si Obama es consciente de la importancia geopolítica de ello y si tiene la sagacidad y visión políticas suficientes para incluir estos desafíos como parte prioritaria de su agenda.

La ratificación o revisión de los diversos acuerdos de libre comercio que los EE.UU. mantienen con los países de la región marcará la línea política de la nueva Administración estadounidense con respecto a América Latina. Igualmente, las líneas de actuación contra la extensión de la lacra del narcotráfico en el Continente americano y el referendo o alteración de los distintos planes antidrogas nos mostrarán una mejor perspectiva de hacia dónde dirigirá su acción política el nuevo dirigente americano.

Aún es pronto para saber si las primeras medidas de la nueva Administración serán, como ahora parece, moderadas. Lo que sí parece previsible es que la acción de Gobierno lime algunas de las ideas demócratas expresadas en campaña y que el pragmatismo y la realidad impongan una continuidad en la política exterior norteamericana con respecto a América Latina. En este supuesto, sería de esperar, por tanto, que se destierren las medidas económicas proteccionistas y que no decaiga el esfuerzo para combatir el terrorismo y la narcoguerrilla en la región.